

GENTE DE COLETA

ANÉCDOTAS Y CHISTES TAURINOS

PRECIO:

20

CENTIMOS





≡ GENTE ≡
DE COLETA

SELECCIÓN DE ANÉCDOTAS
Y CHISTES TAURINOS



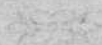
IMPRESA YAGÜES
CALLE DEL NUNCIO, NÚMERO 8.—MADRID
Teléfono 44-99.

== GENTE ==

DE COLETA

SELECCIÓN DE ANÉCDOTAS

Y CURSOS VARIOS



IMPRESA YALDIZ

En la calle de San Juan, número 1.

Madrid 1855.



LA TÍA CARMEN

Tuvo en su cuadrilla el célebre matador *Frascuero* a cierto individuo apellidado Vargas, gitano él, habilidoso banderillero, agilísimo peón, pero que no servía, ni serviría nunca, para matar el más inofensivo becerro.

Más de una vez decíale uno de esos señoritos que forman séquito a los coletudos de fama:

—Pero tú, Varguitas, ¿piensas pasarte de simple y anónimo peón toda tu vida? Debes aprovechar y lanzarte, que siempre te servirá la sombra del maestro.

A lo que respondía Vargas con resignación:

—¿Qué quíe osté? *Frascuero* s'ha empeñado en que yo no si'vo pa matá. Dice que soy mu malo, sin haberme visto.

—Es que tú tampoco tienes afición para tanto.

—¿Que no? ¡Si es er sueño de mi vía, debutá matando dos novillo!...

—Pues yo sé un medio muy seguro con el que tú conseguirías de *Frascuero* que te dejara matar dos reses.

—¿Cuá? Diga osté.

—Mira, el matador tiene una tía difunta, su tía Carmen; y todo lo que se le pida por la memoria

de ella lo hace *Frascuelo* de cabeza. Lo sé muy bien.

—¡Olé, viva la mare que a osté lo parió! Mañana le pío yo er debú por la memoria de tía Carmen. No quió sabé má.

Y, efectivamente, Vargas volvió a repetir al maestro su terco deseo de probar con la espada.

—Que no, hombre, que tú no sirves ni pa matá er tiempo. ¿Lo sabré yo? De peón eres güeno, y por eso estás conmigo; pero de lo otro, ni por sueño.

—¿Y que sabe osté, maestro? Jabla osté de cosa que no ha visto.

—Ni quio ve tampoco, Varguita.

—Maestro, concédame osté ese favó tan grande... por una ve siquiera... que con probá no se pierde na... Déjeme, maestro, por la santa memoria de su tía Carmen...

Frascuelo se inmutó.

—¿Qué has dicho?... ¿Quién te ha contao que esa difunta es sagrá pa inf?

—Maestro; es que yo mi enterao de que...

—Güeno, güeno, Varga; vas a conseguí lo que me pías; tú matarás en una corría, ya que me lo has rogao por la memoria de esa persona. Pero si queas malamente, verás Varguita...

Se celebró, en efecto, la corrida sensacional en la que el gitano Vargas se las entendería con dos novillos, en calidad de estoqueador.

No hay que decir que hubo expectación, porque Vargas era muy popular, porque teniendo buen cartel como rehiletero, sería de interés verle matar por primera vez.

La mitad de la lidia de su novillo correspon-

diente, pasó mal que bien, actuando de peón el propio *Frascuero*, quien se hartó de dar capotazos para facilitar la labor de su apadrinado; pero desde que tomó Vargas los avíos de estoqueador, el hombre no daba pie con bola, y ya comenzaba el público a notar que el gitano estaba lo más descompuesto.

Frascuero, dejando el toro en suerte, dijo al medroso debutante:

—Anda, ya lo tienes; aprovéchalo...

Vargas, con cara de susto, temblándole las piernas y volviendo la cara a su matador, le dijo mientras levantaba apenas el estoque:

—Maestro... ¿quíé osté argo pa su tía Carmen?...

CONSIDERACIÓN ATINADA

En la populosa calle de Sevilla, una de las principales calles de Madrid, siempre han tenido sus puntos de reunión toreros y cómicos.

Por dicha calle pasaban cierta vez dos gitanos y uno de ellos exclamó, con muy chusco asombro:

—¡Josú, cuánta coletal! ¿No te fijas? Mira que si ahora viniera un toro por allí...

A lo que contestó el otro gitano:

—Pus no llegaría jasta aquí.

—Oye, ¿por qué?

—¡Porque ya se lo habrían comío los cómico!...

UNA SUERTE NUEVA

Lo que vamos a relatar aquí no es cuento, sino un caso rigurosamente histórico, que hemos oído de boca del mismo protagonista, el novillero Francisco Domínguez Redondo (*Chiclanero*).

Toreando en Aguas-Calientes (México), le alcanzó un toro, le volteó repetidas veces y en un momento cayó milagrosamente de pie, por lo que salió andando el torero con la mayor tranquilidad inconsciente.

¡Cuál no fué su sorpresa entonces, viendo que el público le ovacionó a rabiar... y pidió por aclamación que repitiera la *suerte*!

Suerte fué, pero casual e inimitable; si bien no lo entendió así la concurrencia, y ésta pedía con las mayores voces: ¡Que lo repita, que lo repita!

La cosa no era broma por cierto.

Porque Redondo fué llamado al palco presidencial y el señor presidente le dijo:

—Ya ve usted qué escándalo; conquese a repetir eso mismo.

Redondo explicó la realidad del caso; pero el presidente, revistiéndose de la mayor energía, le repuso colérico:

—¡Pues, o repite usted esa suerte o le llevo a la cárcel, ché!...

EN EL TENDIDO

—¡Ole, niño!

—¡Bravo!

(Un descontento):—Les digo a ustés que ese baila mucho. No tie ni esto de sereniá.

—¿Dise usté que no tie sereniá? Pos, fíjese usté en esas verónica... ¡Ooole! ¡Jesá! ¿Y ese faró?

—Er faró no está mal.

—Je. Como que no hay en er mundo quien lo mejore. ¡Conque diga usté ahora, despué de haberle visto er faró, que ese muchacho no es sereno!...

CUESTIÓN DE OLFATO

Manuel Domínguez, no el clásico torero, sino un andaluz residente en esta corte, que es dueño de una casa de comidas de la calle Ferraz y que hace honor a su tierra por la salsa inimitable y suya con que relata numerosísimos cuentos, refiere, entre otros, el que sigue a continuación:

Era un gitano de Sevilla, nombrado el tío *Jindama*, sujeto muy divertido para Curro *Cúchares* y a quien el gran torero llamaba su *compare*.

Jindama se hacía lenguas del arte de *Cúchares* y le pedía cigarros y otras menudencias; y el torero le obsequiaba constantemente, porque tenía golpes de mucha gracia y porque a todas horas estaba diciendo:

—Pá torero, Currito *Cúchares*; es er número uno, el amo; lo ha parido una vaca, etc.

Cierta vez decía confidencialmente al maestro:

—Vamos a ver, maestro; dígame osté, con toa

confiansa, qué secreto tié osté pá hirnotisá a los toro de esa manera tan juncá. Porque osté debe tené un secreto, la verdá...

—Pos mira—le contestó *Cúchares*—; tengo mi secreto.

—Dígamelo osté, que yo guardo un secreto en er fondo la tierra.

—Se lo voy a decir, compare.

—Curro se sonrió con ironía y, para burlarse del gitano, le contó:

—Mira, yo tengo pa mi uso un ingüento espesiá, de lo más milagroso, porque me libra de que los toros puedan arcanzarme.

—¡Jozú!

—Como lo oye osté, compare; yo me junto por to er cuerpo ese ingüento o bársamo, y ya me puén tirá los toros un cuerno, que no me cogerán en la vía.

Jindama se quedó con diez centímetros de boca abierta. Sus ojos se avivaron repentinamente, como los ojos de quien hubiera dado con la clave de ganar millones y gloria sin exponerse de lo más mínimo.

—¡Qué atosidá, maestro!

—Ya lo sabes, *Jindama*; pero ¡ay de ti, si me pregonas er secretó!

—Pero osté bien pudiera darme una miajita si quiera de ese ingüento. Sí, señó; a ve si uno logra salir de los apurillo. Y le aseguro a osté que con ese bársamo sería yo capá de arrimarme más que una lapa.

—Eso de arrimarse nó es pa ti.

—Con ese ingüento, se lo juro, Currito.

Se decidió entonces el clásico torero a efec-

tuar la prueba, y obtuvo poner en el cartel a su compadre el tío *Jindama*.

Cúchares se prometía pasar un día divertido.

Con gran emoción se dispuso *Jindama* a vestir las galas de lidiador, pero antes, siguiendo las instrucciones de su maestro, un banderillero de *Cúchares* procedió a dar a *Jindama* la milagrosa friega.

Toda una lata de vulgarísima manteca blanca fué untada en el morenucho físico del gitano que iba a debutar aquella tarde con la expectación de toda Sevilla.

Encima de aquel *traje* de manteca, fué puesto el de luces, y allá iba completamente derretido nuestro héroe, camino de la plaza, bajo la acción espeluznante de una tarde de Agosto.

La manteca chorreaba visiblemente por las zapatillas.

Miedo mayor no se ha visto en maleta alguno; se podía decir que el infeliz *Jindama* sudaba la gota gorda.

Capotazos por allí; carreras por allá y sustos en todas partes, eso fué la lidia; pero cuando se hizo más patente y escandaloso el pánico fué a la crítica hora de matar; *Jindama* se olvidó de la manteca y, soltando los trastos, echó a correr descaradamente.

Se armó el barullo que es de suponer y *Cúchares*, que se hallaba entre barreras, preguntó entonces al fugitivo:

—¡Compare de mi arma! ¿Por qué juye osté tanto?

—¡Ay, maestro! Es que... ahora se me ocurre una dúa...

—¡Di, hombre de Dió!

—¿Y si er toro está resfriaio y no me güele bien?...

LO SERIO Y LO FALSO

Actuaba una tarde, ya hace muchísimos años, el novillero Juan Pastor, *el Barbero*, y el hombre estaba quedando bastante mal, por lo que un aficionado, el famoso actor Isidoro Márquez, que chillaba mucho en las corridas, no hacía más que molestar al torero.

Tanto le molestó y con tantas intemperancias, que el novillero, en un momento de la lidia, se acercó al tendido en que se hallaba el cómico y le dijo:

—¡Eh, don Isidoro! ¿Piensa osté acaso que aquí se muere de mentirijillas, como en el trato?

ISIDRADA

Dos gallegos de su tierra, presencian por primera vez una corrida, y entre otros comentarios cándidos y disparatados, exclama uno:

—¡Anda! Mira qué par de banderolas le han clavado al morucho.

El otro rectifica a su paisano:

—Calla, hombre, que pueden oírte disparatar.—
No se dice banderolas; ¡se dice barandillas!

UN AFORISMO DE «LAGARTIJO»

Rafael Molina, el fenómeno cordobés, tan famoso por sus faenas y por sus frases, condensaba todo el arte de torear en esta fórmula, cuando le preguntaba un señorito en qué consistía la tauromaquia:

—Mirusté, señó; er toreo es lo más sencillo der mundo. Se planta osté delante der toro, y aluego...; pues, aluego, cuando embiste, o se quita osté o le quita er bicho.

LA ULTIMA DE TEMPORÁ

Falleció, hace años, un renombrado picador de toros, no de percance, sino de viejo.

Ya no tenía ni amigos, y sólo fué a visitarle un compadre suyo, el cual le preguntó:

—¿Cómo va osté, compare?

—¿Cómo? Pus picando solo la última corría de la temporá.

NOMBRE NUEVO

Durante una de esas típicas faenas de acoso que se verifican y celebran en los cerrados andaluces, una dama, montada sobre gallardo alazán, rogó a un conocido torero que la acompañase a ver, desde prudente distancia, por supuesto, el lugar donde se hallaban los toros.

El diestro accedió v. montando en otro caballo,

partió con ella por la deslumbrante y majestuosa llanura.

Ya habían andado un largo trecho cuando tropezó el bruto que montaba la señorita, y ésta dió en el suelo, sin que se hiciera daño, pero enseñando cuánto tenía.

Caer y levantarse, todo fué uno. Montó con la misma rapidez en el caballo y dijo entonces al torero:

—Eso se llama prontitud.

—Y repuso el diestro con toda naturalidad:

—¿De vera? Pus no sabía yo, que eso se llama así.

SER SINCERO

El matador de toros llamado Juan Pastor, y apodado *El Barbero*, se había creado innumerables antipatías y enemistades por su modo de ser fantasmón y presuntuoso, por sus maneras díscolas y por darlas de matón.

Le contrataron para torear seis corridas, y el día de la primera díjole uno de sus pocos amigos que estaban agotadas todas la localidades para aquel día.

No pudo menos de contestar francamente *El Barbero*:

—Pus más de la metá de la plaza se llena por ver si me gano dos cornás.

TRES GRANDES HOMBRES

Un incondicional de Rafael Molina, *Lagartijo*, para adular a su ídolo, decíale una vez:

—Rafael, hay que desengañarse: no ha habido en nuestra tierra más que dos grandes hombres: tú y Gonzalo de Córdoba.

—¡Quia!—le respondió *Lagarrijo*—. Hemos sólo tres. ¿Ande me deja osté al Gran Capitán?...

COSAS DE LOS FRANCESES

Cuando fué muerto, el día 27 de Mayo de 1894, en la plaza de Madrid, Manuel García *El Espartero*, trajo el *New York Herald*, en su edición de Paris, el siguiente relato que no deja de ser pintoresco:

«El primer toro hirió de muerte al célebre toreador D. Manuel Espartero, sobrino de un general del mismo apellido.

»Muchas damas, que iban a desmayarse, se contuvieron tomando el vino llamado *Manzanilla*, que es el indicado para estos casos.

»Los entusiastas del señor Espartero, acuden a su casa para recoger reliquias del matador, porque con ellas se gana la felicidad, siendo sagrado el cuerpo herido por asta de toro bravo.

»La cabeza del buey que hirió al señor Espartero será conservada en el Museo Histórico.

»El cadáver del toreador no recibirá sepultura, porque será, en cambio, paseado por toda España...»

Los franceses son más pintorescos que nosotros.

EL ESCAPARATE

Cuando por primera vez fué a Sevilla el gran espada Salvador Sánchez *Frascuero*, pasaba por la calle Sierpes, engalanado de oro y brillantes hasta la exageración.

Este torero fué muy dado a ostentar alhajas. Un aficionado, cuando lo vió, dijo a Pablo Heráiz:

—¡Josú, Pablo! ¡Ese hombre es una joyería!

Contestóle el gran banderillero:

—Pus, no se ha traído más que el escaparate.

UN BRINDIS ORIGINAL

Se atribuye al gracioso torero *El Lavi*, la siguiente anécdota:

Fué a torear a Francia en época de una brillante Exposición y además de hallarse abarrotada la plaza, presenciaba la corrida el Presidente de la República, en unión de su esposa y sus pequeños hijos.

El matador, queriendo cumplir dignamente con el primer Magistrado, se dirigió al palco presidencial y brindó su primer toro con estas palabras:

—«Brindo por *vú*, por la mujé de *vú* y por tos esos *vusecitos* chicos que Dios bendiga.»

SENTENCIAS TAURINAS

No son los toros los que cogen; son los toreros los que cogen a los toros.—*Lagaritjo*.

El torero que empieza debe demostrar tres cosas: valentía, valentía y valentía.—*Frascuero*.

Al que a la hora de matar no hace la cruz se lo lleva el diablo.—*El Gallo*.

Pa esos pavos que se juyen, desarman o se cue-
lan, no se ha jecho el alpiste.

El toreo no se aviene con las medianías.—*Cú-
chares*.

Las alternativas las dan los espadas, pero las
confirman los públicos.—*El Gallo*.

El que no empieza comiéndose a los toros, éstos
se lo comen a él.—*Lagartijo*.

El picador no debe porfiar a los toros en sitios
donde sabe que no han de arrancársele.—*El
Mengue*.

El matador que arranca corto, hiere derecho.—
Montes.

El espada en la plaza, delante de los bichos,
debe matar o morir antes que correr y demostrar
miedo.—*J. Romero*.

El arte sin való es como un cielo sin só.—*Fras-
cuelo*.

¿QUIÉN SABE ESPAÑÓ?

Hallábase en París el afamado Curro *Cúchares*,
paseando por los bulevares, y se perdió y no daba
con el hotel donde se hospedaba.

Pasaba el tiempo sin que consiguiera orientarse
y comenzó a desesperar, hasta que tomó la deci-
sión de apostarse en una esquina, y a todo el que
pasaba le preguntaba ansiosamente:

—Diga osté, mosiú, ¿habla osté el español? Todos sabían solamente el francés, hasta que cruzó un joven y al oír la pregunta se detuvo:

—¿Sabe osté el español?—repitió *Cúchares*—. El otro respondió:

—Oui, señog; yo hablo alguna chosse.

—Ole, viva su mare de osté, compare. ¿Quié hacerme el favó de dicirme dónde hay un figón pa jamá, que tengo una carpanta que no diquelo?

—Señog, no comprendo eso que usté decirme.

Cúchares se amoscó.

—¡Será malage! ¿No dice osté que chanela español?... Güeno, allá va de otro modo, a ve. ¡Que dónde pueo yo trajelá, que avillelo una galipa que no guipo!

—A *Cúchares* no lo entendían en Francia.

ARTE DE PICAR

Un picador de fama explicaba de la siguiente manera su arriesgado arte:

—La cosa es mu sencilla. Van ostés a la cuadra, bueno. Sacáis er mejor potro, lo montáis con salero, se recomienda una güena mano dizquierda; se reúnen ostés con aplomo, vais con serenía ar cuerno; es decí, ar cuerno derecho; sacáis mú poco palo, alegráis ar buró, y asperáis, palo en ristre, que acometa er bicho, güenamente, cuando a é le dé la gana.

Y aluego de esto, lo demá lo jase er toro.

LA MEJOR RECETA

Salvador Almela, un excelente picador, era hombre instruído, que, además del Bachillerato, había cursado varias asignaturas de Derecho.

Salvador iba de viaje una vez y en el vagón se iba notando muy marcadamente un hedor que atufaba. Se originó la alarma consiguiente y empezóse pronto a sospechar de uno de los viajeros, que parecía bastante desazonado y como avergonzado.

Por fin, el pobre se decidió a confesar que era de sus pies aquel aroma tan desagradable.

—Perdonen ustedes; pero se trata de una enfermedad inevitable, incorregible. Ya me tengo aplicados los polvos bóricos, el talco y una infinidad de pomadas y específicos de mil clases; y nada, no he conseguido desterrar estas emanaciones.

Almela entonces preguntó al desdichado:

—¿Ha probado usted a lavárselos?

LA INDUMENTARIA DE LOS TOREROS

Copiamos del periódico taurino *P. P. T.*, de la temporada veraniega de 1917, en San Sebastián:

«¿Estamos en Carnaval?

»Así parece a juzgar por la indumentaria de los toreros que lucen sus hechuras por el bulevar y la Concha.

»El *Camero* anda por ahí con una americana de trabilla que marea de británica.

»El *Cuco* luce terno entallado y sombrero de paja de trigo candéal.

»El *Almendo* parece por su vestimenta un socio del Tiro de Pichón.

»Únicamente el *Chano* y *Posturas* conservan la ropa tradicional de los toreros.

»¡En seguidita iban a vestirse de máscaras los toreros en tiempo del Guerral!»

Una vez *Mogino* se puso traje de señorito, no sabemos con qué motivo, y fué a ver al maestro.

Rafael Guerra dió un salto atrás.

—¡Qué susto me has dao!

—¿Por qué?

—¡Camará! Porque creí que eras el médico.»

OFRENDA

Tomaba parte *El Lavi*, gran torero gitano, en una corrida de Beneficencia, y en el palco principal tomaba asiento la reina Doña Isabel II.

El espada se fué al primer toro, le arrancó gallardamente la divisa y subió al palco regio. Conseguida venia de pasar, se arrodilló el diestro y entregó la divisa, diciendo:

—Real Majestá, esta es la primera moña que tiene Su Majestá el honó de recibí de mi mano.

DEL MISMO

El mismo torero le gritaba una vez a un banderillero cobardón que sabía que su maestro era supersticioso:

—¡Corre ese toro por derecho!

—¡Pero si no quiere!... Enante, cuando pasé por tu cara pa tenderle el trapo, me dijo:—No..., no quío seguirte pa darle inquina al señó *Lavi*»

El Lavi reflexionó un instante y exclamó:—

—Entonces... más vale que no le llevemos la contraria, no sea que tome inquina.

El Lavi tenía que torear unas cuantas corridas en Pamplona y un sastre madrileño le confeccionó para tales fechas un traje de torear, de un grana rabioso: tomate y oro.

Los toros navarros, ganado muy duro, tuvieron de cabeza a *El Lavi* en todas las corridas, y el diestro, acostumbrado a reses más suaves y manejables, creyó salir de muy mala manera de las corridas de San Fermín y su feria.

Contando luego al sastre sus apuros, ya de vuelta en Madrid, acabó diciendo:

—Na, maestro; como osté me vistió de muleta, los toros me querían comé.

UNA FRASE DEL GUERRA Y OTRA DE «LAGARTIJO»

La plebe y la no plebe gusta, por especial instinto, de encumbrar a un ídolo y luego derribarlo arbitrariamente. Esto, que es muy mucho infantil y muy exactamente humano, determinó que el famoso maestro del toreo, Rafael Guerra, dejase su profesión, aún hallándose en todo el apogeo

de sus facultades y con tan enorme afición y deseos como de novillero.

Por eso decía, tiempo después, a unos aficionados que le escuchaban:

—Mientras viva no gorveré a vestirme de torero. No tenéis ustés más toreros que los que sus merecéis.

Lo mismo le ha ocurrido y le ocurrirá a *Joselito* en Madrid; y lo mismo le ocurrió a *Lagartijo*, quien acostumbraba a decir:

—Ca tres o cuatro temporás, hay que darse una güerta por provincias y que lo orvien a uno y no se lo sepan de momoria.

Es la eterna queja de todos los que llegan.

¡TODOS A LAS CUERDAS!

Era hombre de bastante ilustración y de no poco ingenio el lidiador Julián Casas, *El Salamancaquino*.

En el año 1869, volviendo del Perú, fué sorprendido durante el viaje por una violenta borrasca, la cual puso en serio peligro el buque.

Uno de los furiosos golpes de mar destrozó y enredó el cordaje de la arboladura y los vaivenes eran de los espeluznantes.

El capitán mandó entonces que todo el mundo cogiera las cuerdas.

Y *El Salamancaquino* tomó su guitarra y se puso a rasguear unos boleros.

—¡Hombre de Dios!—gritóle el capitán desde el puente—. ¿Está usted loco?

—No, señor capitán — respondió el aludido —. Es que como ha dicho usted que todo el mundo a las cuerdas, yo he cogido éstas, porque son las únicas que sé tocar.

DEDUCCIÓN LÓGICA

Marcelino Prieto (a) *Gorrión* era felicitado por un su amigo con motivo de haber terminado una temporada sin ningún percance.

Marcelino, después de dar las gracias por el parabién, dijo:

—Paece que los toros adivinan. Desde que el rey dió la orden de protección a los pájaros, ninguno se mete conmigo. ¿Sabrán los condenaos que yo soy er *Gorrión*?

AQUELLOS TIEMPOS

Juan Ruiz, *Lagartija*, pasaba de muleta a un toro y la faena se prolongaba tanto, que el público empezó a impacientarse. Sonó el primer aviso. Una voz se oyó, clara, fuerte, desde un tendido:

—¡Juan! ¿Te acuerdas de aquellos tiempos?

El torero murciano se hizo el sordo y prosiguió el trasteo, con las mismas indecisiones y la misma pesadez que antes. Sonó el segundo aviso. La misma voz repitió a poco:

—¿Te acuerdas, Juan, de aquellos tiempos?

Lagartija comenzó a perder ya los estribos, la faena iba resultando insoportable y ya estaba próximo a sonar el tercer aviso del fatídico clarín

cuando se oyó por tercera vez la voz atronadora:

—¿Te acuerdas, Juan, de aquellos tiempos?

Juan Ruiz se encaró con la voz desconocida y desconcertante:

—¿Pero de qué tiempos está usted hablando?

Y replicó el espectador.

—De aquellos en que diste el primer pase a ese toro.

UNO QUE SE CONOCÍA BIEN

Iba a torear en cierto pueblo un torero apodado *Peluquín*, el cual no se arrimaba ni aunque le mataran.

La víspera de ir al pueblo, le interrogó un amigo que pensaba acompañarle:

—Después de la corrida, ¿dónde nos veremos?

A'lo que contestó *Peluquín* vivamente:

—En la cárcel,

POR SER FORASTERO

Fernando Gómez, *El Gallo*, se hallaba presenciando desde un palco, en la plaza de Sevilla, una corrida en la que cierto lidiador, que no era hijo de la tierra, practicó una faena detestable. Uno que acompañaba a *El Gallo* le dijo a éste que se extrañaba mucho de la benevolencia con que el público sevillano había respondido al torero extraño.

Y arguyó Fernando con toda naturalidad:—

—Miré usted; cuando yo toreo aquí y me deslizo, me obsequian con una silba que me parten; pero a ese, como está de huésped, lo tratan con con-

sideración. ¡Ya verá usted qué le pasa cuando tomen confianza con él!

EL VASO DE NOCHE

Era muy popular en Córdoba y divertía mucho a *Lagartijo* un individuo que se apodaba *El Mojoso*, piconero, es decir, dedicado a la negra industria del carbón menudo (cisco) y del picón, que es la rama del lentisco quemada.

Mojoso era el tipo de más gracia de Córdoba y *Lagartijo*, que ya queda dicho gustaba grandemente de su compañía, lo trajo cierta vez a Madrid en una de las fechas que el califa taurino lidiaba en este circo de la Villa y Corte.

Mojoso aceptó encantado el viaje y aquí se plantó con Rafael Molina, vestido a la usanza de la sierra cordobesa, para no disimular su profesión.

El hombre halló Madrid bastante güeno, y recorría, con admiración y un poco asustado, las calles cortesananas en la honrosa compañía del héroe nacional.

En la fonda donde se alojaron, se dispuso una habitación exterior con dos camas y sus correspondientes mesillas de noche, un armario de luna, un velador con tapa de mármol, un diván, seis sillas; en fin, mucho lujo para *El Mojoso*.

Aquella noche despertó *Lagartijo* cuando no hacía mucho que se había dormido. Un ruido extraño le hizo incorporarse:

—¿Quién anda ahí?—preguntó.

—Soy yo, comparé —, se oyó la voz del *Mojoso* en la obscuridad de la cámara.

Lagartijo, al incierto reflejo del balcón, observó al *Mojoso* en ropas menores, que aún no se había acostado, registrando la habitación y haciendo contorsiones como si le doliese algo. Por último, le vió que abrió el balcón, se asomó y se puso a verter aguas.

—Pero, hombre; ¿qué jaces?

—Ya lo ves, Rafaé de mi arma: que me he güerto loco buscando... una cosa que a la criá de la fonda se la ha orviáo poné ahí abajo...

Rafael, echándose a reír, se levantó y, abriendo la mesilla de noche, sacó lo que había buscado en vano el piconero, y le dijo:

—Aquí tiés lo que buscas, so torpe.

Con el mayor asombro, repuso *El Mojoso* a su amigo:

—¡Ay, Rafaé! ¿Quién s'había de figurá nunca que este chisme iba a está dentro de un confesionario?...

CUENTO DE LA SORTIJA

Se dirigían a Francia dos matadores de toros a torear una corrida en Tolosa, y uno de ellos ponderaba al otro las excelencias de aquel país y lo bien montados que estaban allí todos los servicios.

Luego recayó el tema sobre los servicios de policía, de los que el tal matador se hizo lenguas.

—Aquí se pierde alguna cosa y en seguida parece, lo cual es muy raro en España.

Llegó el tren a una estación francesa, y por unos minutos ambos matadores bajaron a estirar

las piernas entumecidas de tan prolongado ajetreo.

No bien habrían dado unos pasos por el andén, cuando el otro matador, el que no había estado en Francia, notó que se le había caído o extraviado una de las sortijas que llevaba puestas.

Pusieronse a buscarla y no daban con ella, produciéndoles esto el consiguiente disgusto.

Ya desesperaban de encontrarla, cuando se oyó que gritaba el mozo de estación:

—*Monsieurs les voyageurs; la sortie par ici, s'il vous plaît* (1).

Oyendo la cual el espada que conocía ya Francia, se volvió con gran alborozo a su compañero y exclamó:

—¿No te lo he dicho? Ya pareció la sortija.

LAS TRÉBEDES

Toreando el gran *Lagartijo* las corridas de San Fermín, en Pamplona, sucedió que en la primera de las que tenía contratadas resultó lesionado uno de sus banderilleros.

Para la corrida del día siguiente, sustituyó al herido con un banderillero de una cuadrilla que estaba de descanso.

Había *Lagartijo* dado a su segundo toro, una de esas medias estocadas *lagartijeras*, y como no cayese el animal y se refugiara en las tablas, acudieron los peones para aturdirle y acelerar su caída.

(1) Señores viajeros; la salida por aquí, si os place.

El banderillero se aproximó a *Largatijo* y éste se encaró con él diciéndole:

—A jasé trébedes.

El banderillero se quedó inmóvil y Rafael le repitió:

—A jasé trébedes.

El banderillero se quedó más estupefacto, y el maestro a poco le repetía lo mismo de: A jasé trébedes.

El toro dobló y se retiraron los peones, y el banderillero suplente continuó muy preocupado durante todo el resto de la corrida.

Terminada ésta, no pudo por menos de preguntar a uno de los banderilleros del diestro cordobés que quería decir aquello de *jasé trébedes*, y el banderillero le explicó:

Pos colocarse un peón a la derecha y otro a la izquierda de la res, y alternar en los capotazos con que mareamos a un bicho pa que se acabe de echá.

Respiró el otro banderillero, y entonces se sinceró y dijo:

—Pos ya ves tú; pensé que tu maestro me mandaba a mí a una parte mala...

LOS ENVIDIOSOS

Un torero de esos que cuanto más malos más envidiosos son naturalmente, y que encuentran mal el toreo clásico y el de hoy, menos el suyo, decía murmurando de la faena de un compañero, el cual era uno de los novilleros más en boga no hace mucho:

— ¡Esa faena se la hizo al nieto de un toro!

— ¿Y tú—le replicó expresivamente el mozo de estoques llamado *Farol*—, que no te arrimas ni a la sobrina de una vaca?...

TOREROS EN PARÍS

Gonzalo Mora fué, como torero, no más que una medianía; pero, en cambio, como hombre ingenioso fué notable.

Se cuenta de él que tuvo una contrata en París, y, confiado en que el clima de allá no sería muy frío, marchó bastante ligero de ropa, y cuando salió al ruedo pescó un enfriamiento morrocotudo.

Al día siguiente, un español, que conocía y saludó a Mora, se sonrió viéndole embutido en dos espesos *paletots*, y le preguntó:

—¿Adónde vas, Gonzalo?

—A España; yo no estoy más aquí.

—Vas un poco abrigado, ¿eh?

—Sí; todavía es poco.

—Y *Lagarfijo*, ¿dónde está?

—No sé, ayer se metió debajo de un gabán ruso y no sé si a estas horas vivirá todavía.

CADA UNO A LO SUYO

Era una noche fría, ésta al estilo de Madrid, y se encontraban en un colmado de la Corte, arrinconados y esperando algún cliente que tuviese la ocurrencia de prestarse a saborear sus habilidades y arte, dos cantaores de esos que tienen la juega por oficio.

Uno de ellos era el que apodaban *Colorao*.

Junto al mostrador, tomando un *chato* de vino, estaba el matador de toros Joaquín Hernández *Parrao*. Sólo estos tres mantenían el negocio del establecimiento en aquella hora.

Los pobres artistas del cante flamenco veían la noche aquella una perspectiva muy negra. ¡Para juerguecitas estaba la noche!

Pero he aquí que, cuando ya se sentían más desalentados, abrióse providencialmente la puerta y el corazón les dió un brinco de dicha cuando vieron que era el espada Antonio Fuentes, entonces en el apogeo de su celebridad, acompañado de varios amigos.

Aquello se presentaba ya con las mejores trazas.

Al cruzar por delante del mostrador, Fuentes saludó a *Parrao* y le convidó a que entrara con él y sus acompañantes en un reservado.

Momentos después, tras un prólogo de conversación que por momentos se animaba, comenzó el trasiego típico de botellas y no tardó tampoco mucho que Joaquín, que por cierto era muy aficionado al cante, comenzara a preludiar unas seguidillas con buen estilo.

Entre tanto, los dos cantaores de oficio se estaban de mirones, y el uno, llevado de su entusiasmo por su arte y olvidándose de su circunstancia, se dejó decir sinceramente:

—Apunta bien er cante el *Parraillo*..

A lo que replicó entonces *El Colorao*, con la rabia de ver que otro podía malbaratarle la combinación:

—¡Apunta er cantel...

El otro comprendió en seguida.

Y *El Colorao* luego añadió:
— ¡Que aprenda a resibir!...

LA HORA SUPREMA

Juan Pardo, *El Trallero*, no fué ningún fenómeno del toreo ni mucho menos.

Toda su vida se la llevó en la categoría de regular banderillero de novillos, y ya en sus postrimerías, sin tener una cuadrilla en la que servir, se vió precisado una vez a contratarse para matar en las fiestas de El Pardillo.

El caso no era para halagar a ningún coleta, porque se trataba de dar muerte a una res toreada y vuelta a torear después de tres días de constante y embarullada capea.

El pobre *Trallero* se improvisó una cuadrilla de torerillos anónimos y se presentó con ellos en el pueblo.

Mostrando las raíces de sus coletas por debajo de los anchos sombreros, allí estaban, entre la admiración de los lugareños y presenciando desde un *palco* cómo los mozos lanceaban hasta la hartura y mareaban a la res, hasta que llegase la hora de que *Trallero* y los suyos bajaran a dar fin al astado.

Claro es que el bicho cada vez estaba más avisado y reservón, lo cual tenía preocupado al *Trallero*.

Matar aquel animalito sería después la obra de la catedral.

Efectivamente, llegó la hora decisiva, la hora

del pobre *Trallero*, y éste no veía modo de meterle mano a aquella fiera picardeada:

—Córrelo a punta de capote pa allá; déjalo... Oye, será mejó que te lo lloves debajo der barcón der arcarde.

El hombre no cesaba de dar órdenes, pero lo que pretendía era disimular su miedo.

Verdad que, dicho sea en descargo del pobre maleta, el toro solamente se arrancaba para co-ger.

Uno de los peones salió por las alturas, lo cual acabó de alarinar al *Trallero*. Los pobres torerillos, con la lengua fuera, miraban a Juan Pardo y esperaban que éste se acabase de decidir.

Pero éste, despues de unos momentos de alar-
mante vacilación, dijo:

—Muchachos, ¿no veis en er só ar diputao de este partido? Le voy a brindá er toro, a ve si nos regala argo. Correrme er bicho pa aquel lao.

Los diestros obedecieron por centésima vez y cuando, con las mayores fatigas, consiguieron llevar el bicho a los terrenos del sol, dijeron al reac-
cio estocador:

—Señó Juan... Ya está en er só.

A lo que el *Trallero* contestó:

—¿Si, eh? Pus vamos a dejarlo allí, a ve si lo mata un tabardillo...

UNA CHARADA

Durante un viaje de regreso de América, ciertos pasajeros pasaban las horas lentas de a bordo contando chascarrillos y charadas.

Entre dichos viajeros, iba cierto picador de toros, que sabía chascarrillos muy graciosos; pero de charadas no sabía una palabra.

El hombre no se explicaba nunca cómo son las charadas y terminó por preocuparse y desear ingeniarle inventando una.

Por fin una noche, muy satisfecho el hombre por no creerse ya menos que los demás, exclamó:

—¡Señore, ya dí con una chará!

—A ver—le respondieron.

—Sí, señore; yo también voy a desí mi chará. Y allá va.

Los contertulios le prestaron oído y el hombre se explicó de este modo:

—«Mi primera es un viento. Mi segunda, está en toas las paderes de las cosinas. Mi tersera está en la má. Y er to es una finesa».

Nadie lograba dar con la solución y el piquero tuvo que repetir por varias veces el enunciado, hasta que todos se dieron por vencidos.

Entonces el garrochista explicó su charada del modo que sigue:

—Mi primera es un viento, *su* (Sur); mi segunda está en las paderes de las cosinas, *ca* (cal); mi tersera está en la má: *sa* (sal). Y er tó es una finesa: Su—ca—sa.

Su casa. ¿Más claro?...

COLECCIÓN "VARIA"

En esta colección se irán publicando conocimientos útiles, ciencia popular y esparcimiento, en elegantes folletos de 32 páginas, con cubierta a
———— todo color ————

Precio: 20 céntimos

VAN PUBLICADOS

Juegos de prendas.

Versos para retratos y postales.

La Buenaventura, o el destino por las líneas de la mano.

El auxiliar de los novios.

Cuentos de soldados.

Cuentos galantes.

Felicitaciones en prosa y en verso.

Los sueños.